

# Nación y autodeterminación\*

Por **Miguel Mazzeo**

Escritor. Militante del Frente Popular Darío Santillán, Argentina.

*“Y sucede que mientras, de un lado, los que profesamos el socialismo propugnamos lógicamente y coherentemente la reorganización del país sobre bases socialistas y –constatando que el régimen económico y político que combatimos se ha convertido gradualmente en una fuerza de colonización del país por los capitalismo imperialistas extranjeros– proclamamos que éste es un instante de nuestra historia en que no es posible ser efectivamente nacionalista y revolucionario sin ser socialista”.*

**José Carlos Mariátegui**

## I

La idea de nación tal vez sea una de las más controversiales y esquivas. Nunca resultó fácil definir a la nación. Y para colmo de males cuando se asume el riesgo y se la define, se suele clausurar el pasado y el futuro, propiciando alguna forma de aberración estática. Ha sido y es común pensar a la nación como una realidad absoluta, fetichizada y enajenada de la historia y sus categorías.

La nación es objeto de interminables adjetivaciones. Asimismo posee, como concepto, una historia propia que delata todo lo que ha sido y todo lo que se ha pretendido que sea. Patricia Funes ha planteado el carácter “indócil y ambivalente del concepto de nación”. Para ella: “La nación es una de esas raras entidades que parece conjugar a un mismo tiempo lo teórico y lo estético, la emoción y la razón, lo orgánico y lo artificial, lo individual y lo colectivo, lo étnico y lo cívico, las identidades y las leyes. Probablemente por eso, los relatos nacionales absorben predominantemente metáforas de poetas y literatos, acostumbrados a las artes del oxímoron”<sup>1</sup>.

Es común advertir en extensos sectores de la militancia de izquierda, particularmente en Argentina, dificultades un tanto desproporcionadas a la hora concebir una nación no liberal, no unitaria, no burguesa-capitalista y no reducida a la competencia interburguesa y al control de los mercados. Cuesta ver en la nación algo que no sea la consumación histórica del deseo de la burguesía de disponer libremente de su quinta para succionar la sangre de los trabajadores. Por otra parte resulta innegable que,

---

· Este trabajo forma parte del libro *Poder popular y nación. Notas sobre el Bicentenario de la Revolución de Mayo*, de Miguel Mazzeo, coeditado por Ediciones Herramienta y la Editorial el Colectivo, en la colección Cascotazos, Buenos Aires, 2011.

<sup>1</sup> Funes, Patricia, *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires, Prometeo, 2006, p. 398. Un oxímoron es una figura lógico-literaria. Se trata de una expresión formada por dos términos contradictorios (en latín: una *contradictio in terminis*). La figura contraria al oxímoron es el pleonasma (el uso de palabras innecesarias en una expresión).

después de la última dictadura militar en Argentina (1976-1983), y de más un siglo de prácticas devastadoras asumidas en nombre del Estado-nación y de relatos militaristas y reaccionarios sobre la nación, donde ésta aparece básicamente como un hecho de fuerza y dominio ejercidos sobre los y las de abajo, se ha tornado difícil formular una idea sobre la misma no emparentada con lo más abyecto. Este descrédito también fue abonado por las ambigüedades típicas del populismo y sus reiterados ejemplos de retórica nacionalista pobremente compaginada con los desempeños, pero también por las del denominado nacionalismo revolucionario que supo contradecir, pero también reproducir (al igual que la izquierda tradicional y el marxismo dogmático, aunque en otro sentido), algunas tramas de la ideología burguesa.

Existe, además, toda una cultura política en sectores de la vieja izquierda argentina reacia a la idea de nación. La nación fue y es una especie de bache en la cultura de la izquierda argentina. En el marco de las coordenadas impuestas por esa cultura, las lógicas burguesas suelen confundirse maquinalmente con las lógicas nacionales, a pesar de que en Nuestra América ambas lógicas han manifestado reiteradamente sus incompatibilidades. Además, estos sectores de la izquierda, en forma simplista, han tendido a asociar la dominación nacional a la dominación de clase (directa).

A muchos de los militantes de la vieja izquierda unidimensional, muchas veces la dialéctica les quedó trunca y les resultó complicado conjugar lo general con lo concreto, lo internacional con lo nacional. Tendieron a concebir la “revolución mundial” y la “salida nacional” como procesos indefectiblemente contrapuestos. Invocando el napoleonismo o la simultaneidad de los procesos revolucionarios. Generalizando situaciones excepcionales. Obviando las realidades predominantes y lo que el intelectual cubano Fernando Martínez Heredia denominó la “angustia del siglo”, que no es otra cosa que “la necesidad de la revolución mundial anticapitalista cuando se vive la realidad de la revolución anticapitalista en un país”<sup>2</sup>.

Los militantes de la vieja izquierda unidimensional se negaron, fundamentalmente, a pensar las posibles (y necesarias) articulaciones y mediaciones entre la nación y el socialismo. Para ellos la nación se correspondía exclusiva y unilateralmente a lo burgués, la conciencia nacional era la conciencia del dominador.

Estas dificultades, además de la alienación respecto de la realidad y la historia de las clases subalternas y oprimidas, se derivaron en buena medida del hecho de no poder ir más allá de los planteos sobre la nación de Carlos Marx, Federico Engels, V. I. Lenin, Karl Kautsky, José Stalin y León Trotski, entre otros. Planteos diversos por cierto, pero que, en líneas generales, no lograron exceder una concepción basada exclusivamente en factores objetivos (a su vez reducidos a lo “material”) y que dejaba de lado a los factores subjetivos. Liberar a la nación del chaleco de fuerza de la metafísica y establecer una ligazón con el ascenso y la consolidación del sistema capitalista fue un paso nada desdeñable, pero insuficiente.

Según Leopoldo Mármora: “En la concepción de Marx y Engels había habido indudablemente una evolución, pues, para ellos, la nación había sido primero una tarea democrática en el marco de una revolución dirigida por la burguesía, y luego se

---

<sup>2</sup> Martínez Heredia, Fernando, *En el horno de los noventa*, Buenos Aires, Ediciones Barbarroja, 1999, p. 96 y 97. Martínez Heredia destaca el agravante del caso cubano, donde además de vivir esa realidad en “un país”, se vive en un “pequeño país”.

convirtió en un residuo de la revolución democrático burguesa inconclusa dentro del marco general de una revolución conducida ahora por el proletariado socialista. En ese nuevo marco tenían cabida todas las tareas democrático-burguesas pendientes. Sin embargo, ninguno de los clásicos del marxismo, ni Marx ni Lenin después dio nunca el paso siguiente, paso éste que habría consistido en conceptualizar a la nación como una característica esencial del socialismo y un objetivo a largo plazo del mismo”<sup>3</sup>.

La nación, y todo aquello que está en correspondencia directa con ella, posiblemente haya sido una de las problemáticas más ausentes en el marxismo desde el plano de lo teórico y, a la vez, objeto de simplificaciones y planteos reduccionistas<sup>4</sup>. Esto condujo irremediablemente a no pensar la nación como un elemento, un contenido, que también podía ser característico del socialismo y uno de sus posibles horizontes. En concreto, en este aspecto, las limitaciones de la vieja izquierda se pueden explicar por su rigidez dogmática y por su falta de creatividad política a la hora de ir más allá de la “teoría de la extinción del Estado y la política”, una teoría que deja enormes huecos en relación a los procesos de transición, la acción política, y, claro está, la nación. O sea, al no considerar el carácter nacional de la transición a un régimen poscapitalista, al no tener en cuenta los elementos anticapitalistas (elementos de inocultable proyección socialista) que pueden contener las luchas nacionales y populares, la izquierda no puede pasar al momento ético-político. De este modo se estanca en el corporativismo y/o termina persiguiendo victorias fraudulentas y, va de suyo, subordinándose a los proyectos de las clases dominantes. En otros casos se reduce el problema nacional a una cuestión de táctica. Se invoca a Mao Tse Tung y se lo deshistoriza con el fin de justificar las alianzas más extraviadas, para caer, la mayoría de las veces, en el oportunismo.

Entonces, las limitaciones de la vieja izquierda a la hora de pensar la nación se pueden derivar de sus fallas y descuidos en la elaboración de una teoría del poder político, que fue precisamente lo que la llevó –al decir de Pierre Rosanvallon–, a oscilar permanentemente “entre la perspectiva utópica del fin de lo político y las desviaciones tácticas de un poder ‘realista’, ya se trate del realismo socialdemócrata o el realismo bolchevique”<sup>5</sup>. Vale recordar que Rosanvallon sostenía que “donde la teoría calla la práctica puede ser monstruosa”<sup>6</sup>, dado que esos vacíos tienden a ser colmados con altas dosis de voluntarismo. A estas limitaciones hay que agregarles otras que provienen de una empobrecida conceptualización del Estado y del socialismo.

De este modo, podemos afirmar que: 1) la vieja izquierda fue (y es) reacia a concebir a la nación como un hecho cultural o ideológico, o un “hecho de conciencia”, que precede toda objetivación institucional y que constituye un importantísimo frente de lucha (y no una mera “apariencia”); 2) la vieja izquierda fue (y es) reacia a imaginar la nación como construcción productora de sentido de pertenencia a un colectivo trascendente; 3) la vieja izquierda fue (y es) reacia a asumir que las clases subalternas para devenir hegemónicas y dominantes, deben componerse como clases nacionales; 4) la vieja

<sup>3</sup> Mármora, Leopoldo, *El concepto socialista de Nación*. Cuadernos de Pasado y Presente N° 96, México, Siglo XXI, 1986, p. 52.

<sup>4</sup> Michel Löwy menciona otras temáticas ausentes o tratadas de “manera inadecuada” por el marxismo: “la destrucción del medio ambiente por el ‘crecimiento de las fuerzas productivas’, las formas de opresión no clasistas (por ejemplo, de género o étnicas), la importancia de reglas éticas universales y de los derechos del hombre para la acción política, *la lucha de las naciones y culturas no europeas contra la dominación occidental...*” (itálicas nuestras). Ver: Löwy, Michel, *La teoría de la revolución en el joven Marx*, Buenos Aires, Herramienta-El Colectivo, 2010, p. 15.

<sup>5</sup> Rosanvallon, Pierre, *La autogestión*, Madrid, Editorial Fundamentos, 1979, p. 26.

<sup>6</sup> Rosanvallon, Pierre, *op. cit.*, p. 32.

izquierda fue (y es) reacia a comprender la nación como un artefacto político de primer orden de cara a la dirección intelectual y moral de la sociedad; 5) la vieja izquierda fue (y es) reacia a reconocer que para las clases subalternas el referente de lo nacional no es el Estado sino su propia historia ético-política. Fundamentalmente, y como ya hemos señalado, la vieja izquierda se aproximó a la categoría de nación desvinculándola de la lucha de clases, tal como suele hacerlo con aquellas categorías que concibe como “económicas” y portadoras de una validez objetiva.

Como no podía ser de otra manera, la palmaria indigencia del concepto se transfirió inmediatamente a la práctica. Como no concibió otra posibilidad que una nación burguesa, como no descubrió las temporalidades nacionales alternativas (o sus embriones) puestas de manifiesto en ciertos acontecimientos y procesos protagonizados por las clases subalternas y oprimidas, particularmente en el ámbito de Nuestra América, la vieja izquierda reivindicó la enajenación de las clases subalternas respecto de la nación, idealizó esa exterioridad porque creía que así las liberaba de la homogeneizante ideología burguesa. Esa izquierda se acorazó y se aisló del sentimiento y las necesidades nacionales, incluso llegó a asumir mitologías antinacionales y alimentó formas de autodenigración popular. Esa izquierda no asumió las realidades de Nuestra América, nuestras representaciones y nuestros sueños como la primera estación del trayecto socialista; de esta manera conspiró contra la posibilidad de gestar orientaciones de masas y direcciones nacionales para sus luchas, al tiempo que fomentó la proliferación de jefes pequeños y sectas mezquinas. Se negó a las estrategias aptas para superar su propia desarticulación.

Cabe decir que una parte de la izquierda dizque heterodoxa ha venido asumiendo posturas similares, replicando las mismas taras de la vieja izquierda, pero ahora con fundamentos “originales” (aunque sin desechar totalmente los fundamentos “antiguos”).

En los “clásicos” del marxismo, la nación, invariablemente fue pensada como forma y tarea burguesa, como una realidad determinada unilateralmente por la infraestructura, aun en los casos en que se le reconocían funciones “progresistas”. Por ejemplo:

- En las explicaciones de Carlos Marx (y de Federico Engels también) respecto del apoyo activo (aunque no incondicional) que debía prestar la clase obrera a las luchas que contribuyeran a la aceleración del régimen burgués y al desarrollo histórico frente a las rémoras reaccionarias o feudales. Una explicación que, aplicada a la realidad de los países periféricos llevaría a la justificación del colonialismo y la opresión de los poderosos.

Es evidente que aquí no estamos considerando el punto de vista de Marx y Engels expresado en el *Manifiesto comunista*, donde afirmaban, por ejemplo, que la clase social que carecía de todo interés nacional era la clase obrera, o que el comunismo era viable empíricamente si se lo implantaba de golpe y al mismo tiempo en todos los pueblos dominantes. No estamos tomando en cuenta los análisis de Marx respecto del rol supuestamente progresista que jugaba Gran Bretaña en la India, al destruir su sistema comunitario rural aldeano y las formas localistas. Estos análisis, a pesar de todos los miramientos respecto de sus alcances y perspectivas objetivas, no dejan de contener una justificación del colonialismo inglés. Marx consideraba que el capitalismo británico, al acabar con este sistema, acababa con las posibilidades reproductivas del feudalismo asiático y el despotismo.

Tampoco estamos juzgando los análisis de Engels en relación a la conquista de territorios mexicanos por parte de Estados Unidos. En estos planteos se puede percibir una impronta evolucionista que promovía el sacrificio del chico al grande, del débil frente al poderoso, también una matriz economicista que ponía el énfasis en el desarrollo de las fuerzas productivas del cual se deducía la cohesión de las clases y los partidos a escala nacional. En efecto, son los pasajes marxistas que menos aportan a dilucidar la cuestión nacional.

Por cierto, los propios Marx y Engels comenzaron a corregir esta posición cuando plantearon el vínculo indisoluble entre la “cuestión nacional” irlandesa y la “cuestión social” en Irlanda e Inglaterra (la relación entre la libertad en Inglaterra y la opresión en Irlanda), en sus enseñanzas respecto de las posibilidades que tenían las luchas nacionales de desbrozar el camino para las luchas socialistas y, en sus últimos años, particularmente en Marx, su aproximación, bastante cercana, a la noción de desarrollo desigual.

- En las teorías leninistas sobre la cuestión nacional. En total contradicción con las posiciones de la Segunda Internacional, Lenin estableció como eje político de la cuestión nacional la distinción entre naciones opresoras y naciones oprimidas. De este modo, al identificar la dimensión nacional como dimensión específica de la lucha de clases en determinados países, Lenin se convirtió en un pionero en la elaboración de la política nacional y la estrategia revolucionaria del proletariado en los países atrasados u oprimidos. Por otro lado, la articulación leninista del principio del internacionalismo proletario con el principio liberal-burgués del derecho a la autodeterminación de las naciones también constituyó un aporte muy importante. Esa articulación era para Lenin la savia misma de la revolución mundial, porque permitía la concurrencia de dos procesos: el de las luchas sociales en el centro con las luchas de liberación nacional en la periferia.

- El rescate de León Trotski del patriotismo de los oprimidos, o el célebre *Programa de transición* de 1938 que contiene consignas nacional-democráticas, y que llevó a muchos trotskistas de Nuestra América a plantear, en reiteradas circunstancias, la necesidad de construir una nación moderna e independiente, con métodos socialistas<sup>7</sup>. El jefe del Ejército Rojo, por otro lado, al final de sus días adhirió a la idea de la unidad de Nuestra América, al plantear la necesidad de constituir una confederación de Estados socialistas. De esta manera se aproximó al sentido bolivariano de la nación.

Más allá de los avances respecto de los postulados iniciales, estas distinciones atinadas no alcanzaron para la superación del objetivismo económico o lo democrático-burgués como punto de partida para pensar la nación. Costó elaborar un concepto de nación que no sea meramente negativo, y las elaboraciones más positivas fueron parciales y circunstanciales. De todos modos el dato fundamental que debemos destacar es que la dominación imperialista fue adquiriendo a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y en lo poco que va del siglo XXI, características muy diferentes a las que tuvo en la primera parte del siglo XX y a fines del siglo XIX. La cuestión nacional no se puede reducir al hecho de que “la dominación extranjera impide el libre desenvolvimiento de las fuerzas económicas en la periferia”, o que “lo burgués nacional periférico es

---

<sup>7</sup> Cabe recordar que al momento de la fundación de la III Internacional Comunista, muy otra era su posición, dado que ataba la emancipación de las colonias a la del proletariado de los países colonialistas.

progresivo –léase: objetivamente antiimperialista– por complejión”. Las cosas hacen tiempo que son mucho más enmarañadas. Otra limitación crucial de estas fórmulas era que planteaban un círculo virtuoso entre desarrollo económico, independencia nacional y socialismo.

Por supuesto, también, podemos explicarnos las limitaciones de la izquierda para pensar la nación por el desconocimiento del aporte de marxistas como Otto Bauer, Franz Mehring, Antonio Gramsci, José Carlos Mariátegui, Nicos Poulantzas, Ernesto Che Guevara, entre muchos otros, quienes, con diversos grados de acierto, dieron los pasos que no lograron dar los clásicos y los dogmáticos y que son una referencia insoslayable para pensar la nación no burguesa y no capitalista. Sobre todo porque pusieron el énfasis no tanto en la autodeterminación de las naciones sino en los problemas de la constitución interna de las mismas.

Muchas circunstancias han contribuido a la omisión de las dimensiones simbólicas más positivas de la patria y la nación, dimensiones que brotaron a lo largo de la historia de Nuestra América al calor de procesos anticoloniales, libertarios y populares.

La Revolución Cubana, por ejemplo, más allá de las opiniones respecto de sus derivas, como acontecimiento histórico aportó nuevos sentidos, ricos y complejos, a la cuestión nacional. Lamentablemente hace largo rato que una buena parte de la izquierda, sobre todo en Nuestra América, no se detiene a reflexionar sobre la experiencia del caso más emblemático de revolución socialista de liberación nacional. La Revolución Cubana constituye un ejemplo de identidad nacional sustentada en valores vinculados a la justicia social, la igualdad, la dignidad y a una propuesta radical de liberación. Por otra parte, esa relación entre nación-socialismo, entre patria y anticapitalismo, hizo posible el ejercicio de un internacionalismo pocas veces tan concreto y paradigmático, principalmente porque se basó en las propias raíces: altas dosis de Simón Bolívar, Bernardo de Monteagudo y de José Martí y dosis más bajas de “internacionalismo proletario”. Se trató de un internacionalismo que el Che encarnó mejor que nadie.

Aquí se nos imponen una serie de interrogantes. ¿Es posible el cambio social radical en Argentina, o en cualquier país de Nuestra América, sin una asociación del proyecto socialista con las identidades nacionales? ¿Es posible dicho cambio si las clases subalternas y dominadas no desarrollan una voluntad de ostentar la representación de la nación? ¿Qué ocurre cuando lo nacional y lo socialista se disocian?

## II

Ahora bien, el rechazo de lo nacional también suele ser una disposición que caracteriza a sectores –igualmente extensos– de militantes, en general jóvenes, vinculados a una nueva izquierda o izquierda autónoma, dizque, heterodoxa, más o menos cercana a organizaciones y movimientos sociales. En este caso el rechazo de lo nacional suele reflejar no sólo la impronta de viejas tradiciones aún no erradicadas, sino también el impacto de la experiencia neoliberal y el discurso posmoderno: el economicismo, el corporativismo, el cortoplacismo, la falta de referentes históricos, el culto a la técnica, la reivindicación de una condición desterritorializada y de los reductos intersubjetivos en miniatura, la centralidad otorgada a las luchas por la diferencia y el desprecio por la política como síntesis general de toda la actividad social, la ausencia de un proyecto de

poder (y lo que es peor, la escasa o nula preocupación por tenerlo) y cierta orfandad fruto de un relativo desarraigo y del repudio a las tradiciones culturales nacionales.

La exaltación de lo social en desmedro de lo político (confinado muchas veces a lo superestructural y a lo electoral), y el consiguiente énfasis puesto en la recreación del socialismo desde lo social, viene siendo un rasgo distintivo de esta nueva izquierda, pero esta recreación –impostergable– resultará inviable sin un proyecto político que genere el contexto adecuado para que actúen los sujetos llamados a jugar esa función: las organizaciones populares, los movimientos sociales. De otro modo, el proyecto socialista quedará en las peores manos. Permanecerá –inviable– como un conjunto de sentencias y certezas previas a ser ejecutadas por iniciados y especialistas.

Estas taras políticas inhiben la resolución de una cuestión imprescindible de cara a la formulación de proyecto de transformación radical: el desarrollo de una identidad nacional con capacidad de articular los planos vinculados al poder, la ideología y la cultura, el solar más apto para que arraigue la praxis socialista, un componente imprescindible para una disputa hegemónica. A partir de lo señalado no es difícil deducir que, en el caso de la izquierda dizque heterodoxa, el rechazo de lo nacional suele ir acompañado por el repudio de los grandes relatos históricos (los proyectos políticos los requieren) y la fascinación por el minimalismo.

Este minimalismo, o la territorialización concebida como práctica insular, el “socialismo en un sólo barrio”, o el “grupismo”, fetichizan las particularidades y producen en pequeña escala lo mismo que el socialismo en un solo país producía a lo grande: burocracias autosatisfechas y doctrinas de la pasividad y el reformismo. El mismo producto que se deriva de un corporativismo o un gremialismo de base cuando es combinado con definiciones políticas ultraizquierdistas –o principistas o puristas– a nivel nacional e internacional. De este modo, el minimalismo se integra en la lógica del multiculturalismo que, por los menos en ciertos formatos, tiende a consolidarse como la nueva visión del mundo del capitalismo global. Este multiculturalismo pone el énfasis en las pequeñas acciones, en las pequeñas historias; concibe a la clase y la nación como categorías abstractas, esencializa una hibridez sin tensiones, no da cuenta de los conflictos sustantivos, y subsume las alternativas sistémicas en el campo de lo diverso.

El minimalismo, un lastre con el que cargan algunas de las mejores experiencias del campo popular en Argentina, sustenta un pensamiento político localista y unas praxis del mismo signo. El minimalismo se puede parangonar con lo que Gramsci denominaba “pequeña política”. Esto es: una política centrada en la cotidianeidad y en los fragmentos de una estructura preestablecida y que, al evitar que la lucha de clases se ponga de manifiesto en la esfera estatal, realiza una enorme contribución a la “gran política” de la clase dominante. Las clases subalternas y oprimidas necesitan asumir los horizontes de una “gran política”, único recurso para instalar la lucha de clases en la esfera estatal y para cuestionar las estructuras preestablecidas.

Para explicarnos esta situación, y sin afanes de justificarla, debemos tener presente que en Argentina, sobre todo en los últimos años, la clásica retórica nacional-popular se ha utilizado para justificar “políticas de entrega y dominación”. Los intelectuales, dirigentes y funcionarios que se asumen como nacionales y populares, son orgánicos del estatuto de la derrota popular posdictadura. Invocan conceptos del nacionalismo popular, sobre todo después de que el proceso iniciado en 1983 se despegó de su rutina

hacia 2001, pero carecen de la aptitud para convertirlos en un programa nacional-popular de y para las clases subalternas, es decir, un programa nacional-popular con inocultables referencias clasistas. En efecto, quedó demostrado que se puede recurrir a la retórica nacionalista para enmascarar la continuidad de los atropellos sociales. El “index” nacional y popular ya no sofoca a las clases dominantes y ha adquirido una versatilidad inédita. Así, por ejemplo, la reivindicación de la generación del 70 y sus luchas, puede resultar perfectamente compatible con la precarización laboral y una inédita transnacionalización y monopolización de la economía argentina. Esta realidad, más aun si se le suman los viejos prejuicios, refuerza la idea de la nación como mera coartada de las clases dominantes.

Por eso genera dudas el nacionalismo y también, aunque menos, el término pueblo. Porque a través de ellos pasan gruesos contrabandos del enemigo (exactamente igual que lo que ocurre con la democracia y la libertad e incluso con el socialismo). Tantas dudas generan, que se torna usual la negación del componente específicamente nacional presente en los procesos emancipatorios de Nuestra América: desde la Revolución Mexicana a la Bolivariana, desde la Revolución Cubana al neozapatismo. Es común ver a jóvenes que se identifican impetuosamente con estos procesos pero que se estremecen cuando se plantea la necesidad de asumir la dimensión nacional de la lucha popular, y que las políticas “de soberanía”, en Nuestra América, pueden ser la condición para las políticas de autonomía y autodeterminación de las clases subalternas o de “poder popular”.

Así, no es extraño detectar, en ciertos espacios autodefinidos como “alternativos”, una tendencia a disociar las praxis orientadas a la construcción de la autonomía de las clases subalternas y oprimidas con la indiferencia por modificar las relaciones de fuerzas a escala nacional. Tal disociación de procesos reciamente entrelazados no hace más que hipotecar la autonomía en el corto plazo. Curiosamente muchos de esos espacios se identifican con el neozapatismo mexicano que, como todos sabemos, ha asumido la tarea de “reconstruir desde abajo la nación mexicana”, ha hecho ostensible su “amor por la patria” y ha planteado, sin eufemismos, la necesidad de un “programa nacional”. (Ver, entre otros documentos: Subcomandante Insurgente Marcos: *La tercera estela. Un plan*. México, julio de 2003; EZLN, *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*, México, julio de 2005).

Tanto en la vieja izquierda tradicional como en la nueva izquierda dizque heterodoxa la recusación de la cuestión nacional es reflejo del peso de concepciones defensivas y sectoriales, que devienen fácilmente en aislacionismo y sectarismo. Es básicamente un signo inequívoco de su principal falencia: la ausencia de una política de poder (contrahegemónica y nacional). La preeminencia de estas concepciones constituye sin dudas un problema endémico en la izquierda, que se ha expresado y se expresa en las dificultades para articular lo cotidiano con los propósitos máximos.

Pero ocurre que el principio estructurador del sistema del capital se basa en articulaciones jerárquicas y conflictivas en un plano nacional-internacional. Como ha planteado Itsván Mészáros, ni la “unidad global del capital”, ni un “gobierno global” son factibles (“El capital no va a complacernos haciéndole ese favor al trabajo, por la simple razón de que no puede hacerlo”<sup>8</sup>). Por eso, además de la centralización

---

<sup>8</sup> Mészáros, Itsván, *El desafío y la carga del tiempo histórico: El socialismo del siglo XXI*, Tomo 1, Caracas, Fundación Editorial el perro y la rana, 2009, p. 194. En la misma línea Mészáros recuerda que la

progresiva del capitalismo mundial, existe un imperialismo hegemónico a nivel global liderado por Estados Unidos que busca imponerse a otros Estados nacionales.

Ocurre que la nación, como “forma”, como modo de la existencia social e histórica, no ha dejado de funcionar como espacio concreto de dominio, de dirección de la vida social y de mando, esto es, como el espacio que otorga sentido a la totalidad primaria del capital (y a la totalidad de la lucha de clases).

Ocurre que la nación no ha perdido aún su justificación histórica. Sigue interviniendo a través de expresiones culturales, de representaciones colectivas, de referencias, anhelos, etc., como elemento de identificación de las personas en todo el mundo y constituye una forma de construcción social de la realidad. Pero lo más importante es que estos elementos de identificación y estas formas de construcción social de la realidad contienen “núcleos de buen sentido”, en términos de Gramsci, o “momentos de verdad”, en términos de Theodor Adorno, que pueden resultar asimilables y en algunos casos imprescindibles para las luchas emancipatorias.

Ocurre que lo nacional es el horizonte político insoslayable para la proyección del sujeto popular (o subalterno). De este modo, la nación puede configurarse como campo revolucionario y núcleo significativo de la sociedad civil. Como objetivo e idea general, la nación puede contribuir a dignificar las condiciones de existencia de un conjunto de particulares. Nación es una palabra que conserva una interioridad rebelde y montaraz, difícil de amansar. Es una palabra que contiene varios destinos.

Entonces, dialécticamente, podemos pensar-experimentar una nación alternativa en la nación burguesa y contra la nación burguesa. La nación puede ser –al decir de Jean Paul Sartre– una totalidad modificándose a sí misma ininterrumpidamente, la nación como “revolución permanente”<sup>9</sup>, o simplemente un espacio proyectado de la emancipación y de la construcción soberana de las formas de sociabilidad más justas, más humanas, más dignas, más libres. La patria puede ser otros ritos, distintos y enfrentados a los ritos de los explotadores.

La hegemonía, forma histórica de la lucha de clases que, entre otras cosas, remite a la capacidad de articular intereses en el plano de lo subjetivo, para construir a las clases en voluntad colectiva y para hacer posible su desarrollo organizacional e institucional autónomo, siempre se basa en una idea de nación (y esto corresponde tanto para las clases dominantes como para las clases subalternas). El poder burgués no se asienta solamente en el terreno de la infraestructura. El poder popular tampoco. Las clases subalternas se caracterizan por una condición heterogénea sobre la que se genera el consenso pasivo que obtienen las clases dominantes (y el sistema del capital). La nación es clave para superar la atomización que alimenta el transformismo. La nación es clave para la construcción del hombre y la mujer colectivos.

La constitución de un nuevo bloque histórico, que requiere la construcción de la hegemonía de las clases subalternas y oprimidas orientada al reemplazo del sistema orgánico del capital por otro sistema orgánico alternativo, no puede prescindir de la nación. Es decir, no puede prescindir de las identidades nacionales dado que éstas

---

globalización “sigue produciendo corporaciones gigantes **trans**-nacionales, pero no verdaderas **multi**-nacionales” (p. 195, negritas en el original).

<sup>9</sup> Sartre, Jean Paul, *Crítica de la razón dialéctica*, Tomo II, Buenos Aires, Losada, 1995, p. 47.

expresan las articulaciones entre la infraestructura (la base económica y social) y la superestructura político-ideológica, como momentos del bloque histórico. La disputa hegemónica contiene necesariamente una disputa por el significado de la nación y la patria. Si se abandona irresponsablemente este plano, si la fuerza política, organizativa, institucional alternativa no se combina con el desarrollo de un poder cultural y simbólico capaz de obtener un liderazgo nacional (la nación como proyecto político remite también a un hecho cultural), directamente se anula todo horizonte hegemónico, toda capacidad contrahegemónica.

Como hemos señalado, la carencia de un proyecto de poder por parte de la izquierda y la incapacidad de definir desde un espacio sociopolítico concreto una perspectiva social general y ejercer un liderazgo moral e intelectual, es el corolario de esta desidia respecto de la “cuestión nacional” (la encrucijada de la economía, la política y la ideología). Al mismo tiempo, al no considerar esta dimensión crucial, al negar lo nacional como momento dialéctico en el devenir de una comunidad, la izquierda ha conspirado contra el internacionalismo más genuino y concreto, y por ende menos abstracto y más alejado del principio táctico-organizativo, el internacionalismo que se asienta en hegemonías nacionales subalternas. Más grave aun, la izquierda, al tiempo que desconsideraba esta cuestión, recurrió (y recurre) al expediente de la “falta de conciencia de clase” para dar cuenta de los reiterados casos de alineamiento y la identificación de las clases subalternas con las clases dominantes nacionales (ni más ni menos que sus explotadores).

En este aspecto coincidimos con la propuesta de Mézáros de una dialéctica entre un nacionalismo defensivo, que implica una crítica radical al sistema de relaciones injustas y asimétricas entre los Estados (y el ejercicio de un patriotismo entendido como solidaridad con el patriotismo de los pueblos oprimidos), y el internacionalismo positivo que apunta al reemplazo del principio estructurante de los espacios del capital por una alternativa sistémica basada en la cooperación y en la voluntad de exceder al capital<sup>10</sup>.

Por lo tanto, sostenemos que la nación puede (y debe) concebirse como un espacio susceptible de ser apropiado y rediseñado por las clases subalternas con sus significaciones, sentimientos y sueños, con el fin de disputarle al capital –en el marco de una “lucha nacional”– su sentido de la totalidad orgánica, su sistema hegemónico. Esa apropiación, ese rediseño, implican una recuperación y la posibilidad de una imposición de las ideas de las clases subalternas en la misma acción, en el mismo movimiento de la sociedad civil popular para autoorganizarse. Claro está, el pánico a esa recuperación anula toda posibilidad de política radical.

La aversión a pensar desde el campo contradictorio de las tradiciones nacionales y la repulsión para asumir los contenidos dilatados, impuros y flexibles de la cultura nacional en pos de conservar la castidad revolucionaria y una estética “ultra” y binaria; la confusión de lo plebeyo-popular con lo populista (un universo ancho y siempre ajeno), anula toda posibilidad de resignificar revolucionariamente esa tradición y esa cultura, al tiempo que conspira contra todo emplazamiento contrahegemónico, inhibiendo el desarrollo de las capacidades de liderazgo moral e intelectual sobre las mayorías y limitando las posibilidades de conformación de un nuevo bloque histórico.

---

<sup>10</sup> Ver: Mézáros, Itsván, *op. cit.*, Tomo 2, pp. 428, 429 y 430. Según Mézáros: “La tendencia destructiva del capital transnacional no puede ser ni siquiera atemperada, y mucho menos absolutamente superada, nada más en el nivel internacional, mediante la acción de gobiernos nacionales en particular” (p. 430).

Estas fobias a las identificaciones nacionalistas y patrióticas han conducido a ciertos grupos de izquierda a renegar de las tradiciones nacionales, de la cultura nacional y sus íconos y referentes. Estas aversiones limitan sus posibilidades de inventarse una tradición histórica, problemática que se pone de manifiesto, por ejemplo, en sus incursiones en el campo historiográfico. Estas repulsiones castran sus posibilidades de irradiación discursiva al tiempo que provocan una merma importante en las defensas ideológicas de las clases subalternas.

La desnacionalización acota el campo de la crítica y siempre nutre alguna pasividad, algún pragmatismo, algún individualismo, algún egoísmo. La figura desnacionalizada es siempre apolítica (incluyendo las formas del apoliticismo de izquierda) o elitista y sectaria. Por lo tanto, la desnacionalización es plenamente funcional a la neocolonización. Y en las clases subalternas se expresa en autoestima baja y falta de cohesión.

Asimismo resulta imprescindible, de cara a la transformación radical de nuestras sociedades (entiéndase, en sentido anticapitalista), pensar las articulaciones entre la democratización social y la forma estatal-nacional. Es más, creemos que las condiciones democráticas radicales y el poder popular sólo tienen futuro si logran coagular en marcos nacionales (y no estamos pensando precisamente en “vías nacionales al socialismo”). La nación sigue siendo necesaria para la unidad política de los explotados, inexcusable como totalidad (conformada de abajo hacia arriba) de los momentos interiores subalternos, imprescindible como instancia para la supervivencia misma de las clases subalternas y oprimidas y como discurso performativo productor de consentimiento.

No es casual que algunos grupos que se reconocen en el disímil espectro la izquierda dizque heterodoxa o autonomista y que, como la vieja izquierda, desdeñan la cuestión nacional, hagan lo propio con la idea de una lucha por amalgamar a las clases subalternas, desestimando toda articulación por “externa”, negando antidualécticamente la posibilidad de las articulaciones “internas”. De este modo conjugan el universalismo global y abstracto con el culto a la micropolítica, limitando el campo de producción de vínculos intersubjetivos alternativos a los del capital a espacios restringidos e incontaminados. También piensan en esos microespacios cuando impulsan la creación de “comunidades de sentimientos y sentidos”. El fundamento filosófico del que parten, consciente o inconscientemente, concibe realidades planas y no contradictorias y considera que toda universalidad es impuesta desde afuera o desde arriba (o las dos cosas juntas), negándose a reconocerla como momento inmanente de la sociedad humana.

Por cierto, en Nuestra América, desde Tupac Amaru II en adelante, lo que más intranquilizó a las clases dominantes y lo que más conmovió al poder colonizador o imperialista fueron los proyectos de dimensión nacional-continental de las clases subalternas, oprimidas y explotadas<sup>11</sup>. Esos proyectos ponían en evidencia no sólo la falta de identificación de estas clases con el mundo de los dominadores sino también la

---

<sup>11</sup> En relación a esta cuestión, René Zabaleta Mercado decía: “Si [Tomás] Katari fue más sanguinario, extremista y terrible que [Tupac] Amaru, éste contenía un proyecto para todos, una utopía no meramente utópica. El señorío vio en él una sociedad que podía existir, un tipo de independencia nacional que no aceptó ni siquiera ante el advenimiento de Bolívar...”. Ver: Zabaleta Mercado, René, *Lo nacional-popular en Bolivia*, México, Siglo XXI, 1986, p. 91.

vocación por ir más allá de la resistencia y la insubordinación y por construir un mundo alternativo, auto-construido y autogobernado, lo que implicaba un violento y profundo desplazamiento social, político y simbólico de las clases dominantes. Ésta fue la dimensión más radical de las impugnaciones de los de abajo al orden dominante, más, mucho más, que las rebeldías con propósitos particularizados. El eje puesto en la diferencia no sólo relega a las luchas por la igualdad a un lugar secundario, hace lo propio con la nación.

La nación es más, mucho más, que una simple mediación entre las clases y el mundo (y las clases son más, mucho más, que una simple mediación entre el individuo y la sociedad). La nación remite a un proceso de intersubjetivización que se produce y se reproduce constantemente. Entonces, la nación, así concebida, no es un dato de la realidad, una entidad homogénea y fija, es, obviamente, un proyecto, un pronóstico colectivo de cara al futuro, de cara al mundo del futuro. La nación, imaginada y forjada de este modo no puede compatibilizarse con lo uniforme. Por el contrario, al no ser concebida como una esencia histórica pasiva, comulga con lo plural. Este pluralismo instituye un conflicto permanente, de ahí su carácter emancipador. Por otro lado, la tarea de reapropiación material y simbólica de espacios “ajenos” para cargarlos de contenidos y valores diferentes, es una práctica característica de las clases subalternas. Cabe plantearla entonces respecto a la nación, pero también en relación a un conjunto extenso de realidades.

### III

Con la denominada globalización neoliberal se reposiciona la cuestión nacional. Ésta se expresa, en forma negativa, en los provincialismos, los etnicismos y los culturalismos que promueven el repliegue hacia el interior de identidades herméticas y antimodernas, en el nacionalismo fascista que alimenta las limpiezas étnicas, o en el nacionalismo que se confunde con el extremismo religioso, con el racismo, y la xenofobia. Pero también se expresa en forma positiva cuando la nación –libre de todo racismo implícito, lejos de toda proyección neurótica– remite a la riqueza cultural, identitaria y democrática que se resiste a la universalización totalitaria del capitalismo y a sus estrategias de homogeneización compulsiva y transculturización (globalización neocolonial), cuando se asienta en lógicas societarias (basamento de alternativas civilizatorias), cuando los sentimientos nacionales se encaminan hacia la autoestima de los de abajo, hacia la defensa de la soberanía y la diversidad cultural (lejos de todo culturalismo antimoderno), y hacia una lucha revolucionaria de las clases subalternas.

En efecto, la nación puede ser una alternativa a los nuevos formatos que asume el *dominium* en la era de la globalización neoliberal (o posneoliberal)<sup>12</sup>. Salvo que consideremos, con Negri y Michael Hardt, que, en la actualidad, la única oposición relevante se da entre el capital y la multitud. Por otra parte, el mundo globalizado, con su reformulación y profundización de las asimetrías entre los Estados centrales y

---

<sup>12</sup> Cabe destacar que la nación también sigue siendo una alternativa fundamental como freno a las formas más “tradicionales” del imperialismo que no han dejado de proliferar junto a las “nuevas” modalidades impuestas por la globalización neoliberal. Por ejemplo: Estados Unidos sigue invadiendo-ocupando territorios militarmente y sus bases militares no dejan de reproducirse por todo el mundo. Estados Unidos sigue ejerciendo la violencia contra toda barrera nacional que impida la expansión de su poderío. Frente a esta realidad, además de reivindicar a la nación, ¿no habrá que pensar, incluso, en la necesidad de una Doctrina de Guerra?

periféricos, obliga a pensar en las posibilidades que tienen las identidades nacionales de asumirse como el resultado de una elección y de una autodefinición frente a lo global.

En el mundo periférico, dos procesos se siguen combinando: el de la refundación de la nación (en el marco de una lucha antiimperialista) y el de la lucha contra la opresión de clase; dos principios han ratificado su carácter indisoluble, es decir, no correlativos sino simultáneos: el principio descolonizador y el democratizador. Esto plantea una simultaneidad inherente a toda lucha popular genuina. Las luchas por construir poder popular nos enfrentan a las clases y elites dominantes locales y al imperialismo. O sea, en Nuestra América, no sólo es posible, sino que es necesario un nacionalismo (y una subjetividad antiimperialista) que se articule al componente anticapitalista e igualitario ¿Acaso existe en Nuestra América algo más antinacional que su capitalismo? En Nuestra América no sólo es posible sino que es necesario un nacionalismo que no aspire a un régimen de burguesía estatal, o estatal a secas, sino que propicie un régimen basado en el poder popular (condición de un gobierno popular) que cree contextos aptos para el florecimiento de las organizaciones populares y su articulación. En fin, un nacionalismo que sea un elemento estructurador de identidades positivas y radicales.

Para avanzar hacia una profunda transformación social, las manifestaciones de poder constituyente popular, las formas organizativas y las subjetividades emancipatorias, no pueden ni deben asumir como campo de expresión a los universos hueros, a los sujetos indiferenciados y ambiguos. Por el contrario, imperiosamente necesitan expresarse en un nuevo bloque histórico, es decir necesitan encarnarse en unas clases subalternas y oprimidas comprometidas con un proyecto de revolución nacional orientada a extinguir el imperialismo, el orden del capital y el Estado burgués. Las formulaciones antinacionales que reivindican esos universos hueros y esos sujetos indiferenciados y ambiguos, por lo general, terminan aceptando el proyecto nacional de las clases dominantes. En los últimos tiempos, el hábito de volar con el marxismo autonomista italiano (*operaismo*) y de caminar con diversas alternativas de centroizquierda, se ha convertido en algo frecuente y para nada insólito.

Partimos entonces de la centralidad del aporte de las clases subalternas a la hora de definir y construir la nación, confiamos en su capacidad de autodeterminación y en sus posibilidades de devenir “clase nacional” o “universal concreto”. Reivindicamos una idea de la nación-popular y democrática, hacia atrás y hacia adelante y un horizonte latinoamericano. Y si bien consideramos que esta idea funda una concepción abierta y plural de la identidad nacional, no exenta de contradicciones e intereses heterogéneos, la misma no deja de ser excluyente, ya que, de otra manera, sería una utopía hueca.

Porque nuestra idea de nación no coincide, es más, es antagónica, con la de las clases dominantes (considerando al conjunto de sus facciones). Nosotros pensamos la unificación alrededor de conceptos diametralmente opuestos: igualdad sustantiva, poder popular, etc. Nosotros pensamos la unificación desde otros procedimientos y metodologías: en torno a transacciones entre subalternos que excluyen a los dominadores y explotadores. No se trata de homogeneizar lo asimétrico. Los “frentes nacionales” nos parecen inviables. Ocupamos polos antagónicos en el pasado y no deseamos el mismo futuro. Si, como afirmaba Benedict Anderson, las naciones son “comunidades imaginadas”, la nuestra, de seguro, es muy diferente a la que han imaginado e impuesto las clases dominantes. Porque las clases dominantes locales (integradas al capital transnacional) difícilmente puedan desarrollar un interés nacional

concreto que se contradiga con sus negocios, sus privilegios, más allá de su eficacia para sostenerlo como ilusión y garantizar su reproducción.

Los momentos constitutivos de la nación pueden ser pensados a partir de los niveles de autoorganización de las clases subalternas frente al Estado, lo que significa que los momentos de la organización social como nación están relacionados a momentos de rebeldía popular y a la insurgencia de masas.

Está muy claro que existe un sistema mundial capitalista que no puede ser transformado mediante la “conquista” del poder por parte de movimientos antisistémicos en Estados nacionales separados. Y que en el marco de ese sistema los Estados nacionales, aunque respondan a las presiones populares internas, poseen un espacio de poder estructuralmente acotado. ¿Pero cuál es el emplazamiento sociopolítico más adecuado para librar la lucha contra el sistema mundial capitalista? El reconocimiento del sistema capitalista mundial como unidad de análisis que entraña una totalidad cuyas partes están en relación de interdependencia y subordinación y no de yuxtaposición, aunque acertado, puede conducir a la abstracción política y la pasividad. Éste no ha sido ni es un problema fácil de resolver para los movimientos sociales y políticos antisistémicos. No existen recetas al respecto, pero creemos que una alternativa de transición viable no puede dejar de reconocer la necesaria articulación entre lo local y lo mundial con el fin de crear un nuevo sistema mundial. Esta praxis articuladora indefectiblemente estará inmersa en un proceso de carácter asincrónico y no lineal. Lo local puede manifestarse en múltiples planos. Uno de esos planos se corresponde con lo nacional. Más específicamente: lo nacional-periférico. Entonces, la dimensión nacional juega un papel fundamental como emplazamiento para una lucha contra el sistema mundial capitalista.

A partir de una “desconexión” que no implica fugar del sistema mundial pero sí redefinir las pautas económicas, sociales, políticas y culturales de cada Estado-nación gracias a unas relaciones de fuerza internas favorables a las clases subalternas y oprimidas, la nación puede ser punto de partida de la transición, una retaguardia, una base de operaciones o un ejemplo radiante. La nación –una nación concreta– puede ser la plataforma para un frente de naciones que opere en el nivel regional, un frente que además puede poner límites a la subordinación que impulsa el sistema mundial. Su efectividad dependerá en buena medida de reconocer sus limitaciones hasta tanto no se cree un sistema mundial alternativo.